

Sigue nadando

Uno nada.
Siente el beso del agua en la piel escamosa,
alguna vez dulce,
ahora amarga.

Uno se hiere.
Porque nadar ya no es fluir,
es esquivar:
filosos bordes,
envoltorios flotantes, sombras de objetos que no deberían estar aquí.

Uno se esconde.
Pero ya es muy tarde.

La claridad que alguna vez fue hogar
se descompone en un pantano de negrura.
Se le llama mar,
pero ya no canta.
Ahora cruje,
gruñe,
arrastra.

El agua sisea,
se espesa,
se enreda

Uno llega al hogar.
O lo que queda.

No hay más anémonas que mezan el descanso.
Sólo restos.
El refugio ya no es suave,
es áspero,
plástico,
ruido.

El terror no descansa.
Las vibraciones del agua traen un zumbido grave.
Uno ya lo conoce.
Camiones que escupen su peste al borde de los ríos.
Esa basura llegará aquí.
Ya lo sabes.
Ya lo viviste.

El hogar, dulce hogar, se vuelve escombros.

Y uno nada.

Busca.

Huye.

A otro arrecife.

A otra grieta.

A otro intento de paz.

Y entonces,

algo cae.

Algo más.

Un objeto nuevo,

de un color brillante,

inútil,

afilado.

No entiendes para qué sirve,

pero sí sabes que lastima.

Uno nada.

Uno nada.

Una nada.

Y la historia se repite.

Uno recuerda.

Hubo un tiempo

donde el sol atravesaba el agua

y la hacía bailar.

Donde los cardúmenes eran una danza infinita.

Donde el silencio era paz,

no amenaza.

Uno empieza a olvidar.

Ya no sabe cuándo fue la última vez que no tuvo miedo.

Ya no sabe si hay final.

O si solo queda el hundimiento.

Uno entiende.

Que quienes tiran lo que duele

también están rodeados por ello.

Que el agua que respiro es la misma que ellos beben.

Y que al destruirme, se destruyen.

Y uno aprende.

Aprende a temer los sonidos huecos que bajan de la superficie.

Aprende que el murmullo que vibra en el agua

es el zumbido de las ruedas del camión,

lleno de desperdicios,
lleno de muerte.

Uno se aleja.
Y mientras se aleja,
entiende.
Que quienes arrojan lo que corta,
lo que ahoga,
lo que mancha,
también se están hundiendo.

No lo notan.
Pero la marea se los llevará.
Como a nosotros.
Como a todo.

Y nadie lo comprende.

Uno ya no nada.
Flota.
Mira hacia arriba.
No buscando aire,
sino consuelo.
No por necesidad,
sino por un último acto de fe.

Y uno piensa:
Si este corazón diminuto aún puede sentir la herida del mundo,
¿cómo es que el suyo, tan grande, no escucha el llanto salado del océano?